

EL RETABLO DE NO

(veinte mil palabras)

Luis Rodríguez



TROPO EDITORES

Nota preliminar

Estimado lector:

¿Te has preguntado alguna vez cómo es el proceso de creación literaria? ¿Qué le lleva a un autor a dar por definitiva su obra? De Luis Rodríguez se ha dicho algunas veces que sus libros son demasiado concisos y breves. Sin embargo, él afirma que de no poder publicar, la reescritura de sus novelas podría durar eternamente.

Con esta obra, su cuarta publicada, el autor nos ofrece la posibilidad de acceder a la penúltima reescritura de esta novela y a la definitiva, pudiendo ser leída entonces de dos maneras (y por tanto como mínimo de tres).

No obstante, el autor no desea orientarte sobre el orden de lectura que deberías seguir. En tu mano está leerlas ambas, tal vez sólo una. La más extensa contiene a la más breve, pero el final de ambas se contradice. La interpretación de cada versión es tuya, pues al final, ¿qué es la literatura sino un juego de interpretaciones múltiples?

En el año 25, no en 1925, no; en el año 25 el abuelo de José Ángel dijo que había visto el ave fénix. La noticia llegó a oídos del procónsul quien sabedor de la obsesión del emperador Tiberio por el pájaro, mandó llamar al abuelo y lo tuvo alojado muy cerca de lo que hoy es Santiponce por si algún día se acercaba el emperador, simplemente para amenizar la sobremesa con su relato, para impresionarlo. El abuelo vivió así con varios procónsules, doce años, hasta que murió Tiberio; mantenido, sin otra obligación que la de aguardar callado.

José Ángel cuenta esta historia que le contó su abuelo. No miente... Es mentira que el abuelo viera el pájaro, y todo (nació en 1867). El abuelo le contó a José Ángel una mentira. Pero si este la creyó, y la cree, no miente al repetirla. Mentir es decir lo contrario de lo que se sabe, se cree o se piensa. José Ángel no miente. La vida de José Ángel no es mentira. José Ángel aceptó dirigir *Hamlet* porque no le gusta Shakespeare.

En las diez escenas transcurridas (ha suprimido la primera), sabemos que el príncipe Hamlet responsabiliza a su tío Claudio de la muerte de su padre, llamado también Hamlet, rey de Dinamarca, hermano de Claudio. En dos meses, ¡dos meses!, grita Hamlet con razón, Claudio ha suplantado al rey

en el trono, y en la alcoba. Se ha casado con Gertrudis, su madre. Es el nuevo rey.

Hamlet vive reñido con la cordura. Se encuentra con la reina en el gabinete de esta. Hamlet acaba de matar a Polonio, lord Chambelán, quien, de acuerdo con los reyes, se había escondido entre las cortinas para escuchar la conversación de Hamlet y la reina. Hamlet, incontento, dirige la mirada de su madre hacia dos cuadros con las imágenes de los dos reyes, su anterior marido y el actual:

HAMLET.- Mirad aquí este cuadro y este otro, representación en lienzo de dos hermanos. Ved cuánta gracia reside en este rostro: los rizos de Apolo, la frente del mismo Júpiter, los ojos como de Marte, por su imperio y amenaza; un continente como el de Mercurio, el mensajero, cuando acaba de posarse en la cima de un monte que besa el cielo; un conjunto de perfecciones ciertamente, donde no parece sino que todos los dioses quisieron poner su sello para ofrecer al mundo un prototipo de hombre. Este era vuestro esposo. Mirad ahora el que sigue. Ahí está vuestro marido, cual espiga atizonada, que agosta a su gallardo hermano. ¿Tenéis ojos? ¿Pudisteis dejar de pacer en esta hermosa colina para bajar a cebaros en tan cenagoso pantano? ¡Ah! ¿Tenéis ojos? No me digáis que eso es amor, porque a vuestra edad aplaca la sangre sus ardores, volviéndose sumisa y obediente a la prudencia. La vista sin tacto, el tacto sin vista, el oído sin manos y sin ojos, la más insignificante parte de un solo y sano sentido hubiera bastado para impedir la estupidez.

REINA.- Tu padre me pegaba.

La reina debía responder: ¡Oh, Hamlet, no digas más! ¡Me haces volver los ojos alma adentro, y allí distingo tan negras y profundas manchas que nunca podrán borrarse!

—¡Me ha salido del alma! —dice Gertrudis buscando la aprobación de José Ángel. Ríen algunos.

—Imaginad —dice José Ángel— que los jóvenes Claudio y Gertrudis fueron novios, que se amaron apasionadamente; que Hamlet, me refiero al padre, era un cabrón. Imaginad un Hamlet envidioso y ruin. Sabiendo que no era a él a quien Gertrudis amaba, trató de convencer a su padre para que se la entregara en matrimonio. El padre, el abuelo del príncipe Hamlet, al corriente de todo, negó la unión. Hamlet eliminó al rey. Sembró el palacio de pruebas falsas, bellacas, que enseguida fructificaron. Claudio, alcanzado por la calumnia, perdió la corona en beneficio de su hermano menor. Hamlet, ya rey, tomó a Gertrudis por esposa. Fue cruel, un canalla que, ya habéis escuchado a la viuda, la humillaba. Nació el príncipe, y pasaron los años, pero la maldad de Hamlet no se apaciguó. Claudio no pudo más, lo envenenó vertiendo beleño en su oído mientras dormía. El príncipe Hamlet tiene razón, es verdad. Claudio mató a su padre. Claudio liberó a Gertrudis. La recuperó. Lo hizo por ella, desde luego nunca por la corona que, no olvidemos, le pertenecía por derecho, y volvería a hacerlo, aunque vive con el remordimiento. Claudio fue coronado por los nobles; es cierto que no rechazó el nombramiento; también, que no lo pidió. Hamlet, el príncipe, lucernario de los más oscuros recovecos del alma, no se entera.

Olvidadlo. Nadie piensa eso; nosotros, tampoco. *Hamlet* es la obra de teatro más conocida. Muchos de los que vendrán a veros la han visto ya, o leído; la conocen. Aquí, sobre el escenario, hoy, sois mitos. ¡Mitos! Buscad en vuestro interior todo aquello que reconozcáis épico, las acciones más puras. Sois grandes actores, enseguida percibiréis qué matices toleran vuestros personajes.

Hasta mañana.

Gertrudis, Claudio, Hamlet y Polonio están en la cafetería Roissy, un local pequeño y acogedor a tres portales del teatro. Vienen aquí tras los ensayos; se sientan en la mesa del fondo, discreta, aunque incómoda debido al techo abuhardillado.

—Ayer fui al hospital a ver a Lucio.

—¿Sí?

—¿Cómo está? ¿Mejora?

—No. Allí sigue...

—¿Qué ocurre? ¿Está peor?

—No, no, qué va. Como os lo digo. Cuando llegué, la cama del vecino estaba vacía. Se ve que le habían dado el alta hacía bien poco. Aparecieron dos limpiadoras. Fregaron el colchón, la mesita y hasta la silla, e hicieron la cama. Qué eficiencia. En algún momento debió de entrar alguien que colgó en el cabezal de la cama esa cartulina que ponen con el nombre del enfermo, aunque, la verdad, no me di cuenta. Entre las bromas de Lucio, que ya sabéis cómo es el jodido, que ni enfermo, y lo entretenido de mirar la coreografía de las limpiadoras, ni enterarme. Al marcharse dejaron la cortina de la cama vecina corrida. Lucio dijo que le daba igual, pero a mí me pareció que achicaba la habitación, así que me levanté a recorrerla. Entonces vi el cartel: Claudio Ruiz Bárcena. Habitación 512-1... ¿Qué os parece?

—¿Qué nos parece qué?

—¡Coño, que Claudio Ruiz Bárcena soy yo!

—¡No jodas!

—Sí.

—¿Qué me estás contando?